

El Príncipe

Antoine de
Saint-Exupéry



El Principito

El Principito

Antoine de
Saint-Exupéry



SECRETARÍA DE CULTURA
DE LA PRESIDENCIA

GOBIERNO DE
EL SALVADOR
UNÁMONOS PARA CRECER





★ — EL PRINCIPITO — ★

A LEÓN WERTH.

*Pido perdón a los niños por haber dedicado
este libro a una gente grande.*

*Tengo una excusa seria: esta gente grande es el
mejor amigo que tengo en el mundo.*

*Tengo otra excusa: esta gente grande puede
comprender todo, hasta los libros para niños.*

*Tengo una tercera excusa:
esta gente grande vive en Francia,
donde tiene hambre y frío. Necesita consuelo.*

*Si todas estas excusas no bastaran,
quiero dedicar este libro al niño que esta gente grande fue.*

*Toda la gente grande fue niña o niño primero
(pero pocas lo recuerdan).*

Corrijo, entonces, mi dedicatoria:

A LEÓN WERTH CUANDO ERA NIÑO.

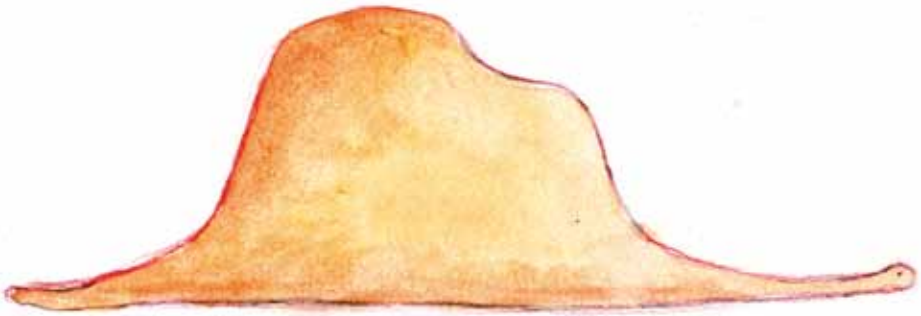
I

Cuando yo tenía seis años, vi una vez una imagen magnífica en un libro sobre la selva virgen, que se llamaba *Historias vividas*. Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera. Esta es la copia del dibujo:



El libro decía: “Las serpientes boas tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Después no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión”.

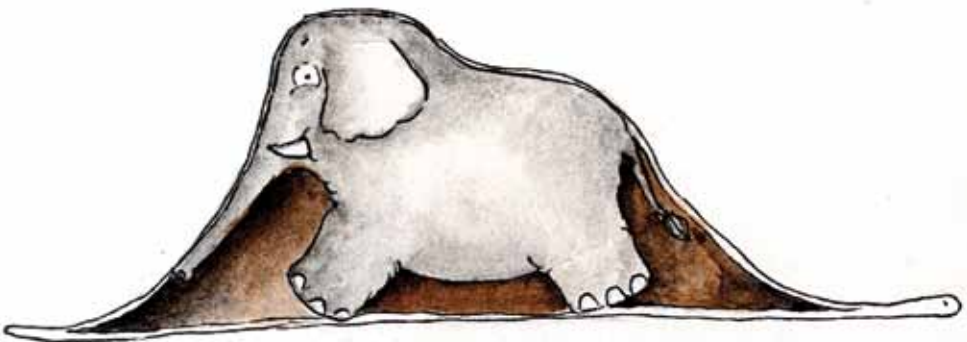
Reflexioné mucho entonces sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, logré hacer mi primer dibujo con un lápiz de color. Mi dibujo número 1. Era así:



Mostré mi obra maestra a la gente grande y pregunté si mi dibujo les asustaba.

Me contestaron: “¿Por qué tendría que asustarme un sombrero?”.

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa para que la gente grande pudiera comprender. Siempre tienen necesidad de explicaciones. Mi dibujo número 2 era así:



La gente grande me aconsejó que dejara a un lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y que me interesara más bien en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Me decepcionó el fracaso de mi dibujo número 1 y mi dibujo número 2. La gente grande nunca comprende nada sola, y es cansador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones.

Debí, pues, escoger otro oficio y aprendí a pilotear aviones. Volé un poco por todo el mundo. Y la geografía, es cierto, me sirvió mucho. Yo sabía distinguir a la primera China de Arizona. Es muy útil si uno llega a perderse en la noche.

Tuve así, durante el curso de mi vida, muchas relaciones con mucha gente seria. Viví mucho con gente grande. La vi de muy cerca. No ha mejorado mucho mi opinión.

Cuando encontraba una que me parecía más inteligente, le mostraba mi dibujo número 1, que siempre he guardado. Quería ver si era verdaderamente comprensiva. Pero siempre me respondía: "Es un sombrero". Entonces no le hablaba ni de serpientes boas, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura. Le hablaba de juegos de gente grande, de golf, de política y de corbatas. Y la gente grande se ponía bien contenta por haber conocido a un hombre tan razonable.

II

Viví así, solo, sin nadie con quien hablar de verdad, hasta que tuve un apagón de mi avión en el desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor. Y como no tenía conmigo ni mecánico ni pasajeros, me disponía a intentar, solo, una reparación difícil. Era para mí cuestión de vida o muerte. Tenía apenas agua de beber para ocho días.

La primera noche dormí sobre la arena a mil millas de toda tierra habitada. Estaba más aislado que un naufrago sobre una balsa en medio del océano. Imaginen entonces mi sorpresa cuando, de madrugada, me despertó una extraña vocecita. Decía:

—Por favor... ¡dibújame un cordero!

—¡Eh!

—Dibújame un cordero...

Me puse de pie de un brinco, como golpeado por un rayo. Me froté los ojos. Miré bien. Y vi a un hombrecito absolutamente extraordinario que me contemplaba con gravedad. Este es el mejor retrato que, más tarde, logré hacer de él. Pero seguramente mi dibujo, por supuesto, es mucho menos encantador que el modelo. No es mi culpa. La gente grande me decepcionó de mi carrera de pintor cuando tenía seis años y solo había aprendido a dibujar boas cerradas y boas abiertas.



Miré, pues, esta aparición con los ojos redondos de sorpresa. No olviden que me encontraba a mil millas de toda región habitada. Ahora bien, el hombrerito no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía para nada la apariencia de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de toda región habitada. Cuando al fin logré hablar, le dije: